

III.

MÁS SOBRE LA MUERTE DEL REY.

No hizo Felipe II esfuerzo alguno para morir como suelen hacer los moribundos en general; sinó que, con movimiento muy pequeño dió las últimas boqueadas, y semejante al niño, entregó el alma al Criador en día de domingo, 13 de Setiembre del año de 1598, á las cinco de la mañana, precisamente cuando comenzaban los infantitos seises á cantar la Misa de Alba en la iglesia del convento ¹. El Licenciado Porreño da cuenta de aquella tan dolorosa como santa muerte, de esta manera: «Murió en San Lorenzo el Real, su fundación, domingo á 13 de Setiembre del año 1598 á las 5 de la mañana de edad de 71 años, 3 meses y 13 días; á los 42 años, 7 meses y 28 días de su reinado en Castilla y Leon; está sepultado en aquel Real Monasterio, octava maravilla del mundo» ². Notan los autores,

en que no se dixese mal de nadie en su presencia: tan paciente y sufrido; tan devoto del culto divino, y particularmente del Santísimo Sacramento, y con tanta liberalidad gastada en las cosas del servicio de Dios, y que tan ocupado andaba en adornar y venerar los sanctos y sus reliquias; y que acabó un santuario tan grande como el de San Lorenzo, es de creer que está en el Cielo gozando de Dios.» *Testim. Autént.*, página 131.

Todo ello vemos confirmado por los escritores de aquellos tiempos, como por ejemplo Vander-Hammen, quien vuelto el fóllo 127 de su obra antes citada, dice: «Veneró grandemente al Santísimo Sacramento del Altar; en sus procesiones iba siempre con la cabeza descubierta, sin querer reparo alguno. Hallóse un día del Corpus Christi en Cordova, caluroso lugar, no faltó quien le advirtiese de que le ofendería el ardor del sol, á quien respondió: No tengais miedo, que en este día no haze mal.»

¹ «Y assi sin cesar de hacerlo, se fué acabando poco á poco, de manera que con muy pequeño movimiento dando dos ó tres boqueadas como un niño se le arrancó el alma Domingo á 15 días de Setiembre de este año de 98 á las cinco de la mañana, y acabandose la noche y entrando el día con el nacimiento del sol.» *Testim. Autént.* pág. 128.

² *Dichos y Hechos*: cap. I, pág. 11.

que aquel domingo era víspera de la Exaltación de la Cruz, y que tal coincidencia sirvió á S. M. de mucho consuelo por la singular devoción que toda su vida había profesado al santo madero, y en particular á un *Lignum Crucis* que guardaba entre las reliquias de aquel su Monasterio ¹. Demás está recordar aquí, que el devotísimo Rey murió en la misma humilde habitación en que dormía, inmediata al presbiterio de la Real Basílica. Levantado á Dios el gran Cenobio, sirvió de morada al Rey Prudente, con la dicha incomparable de ver desde su mismo lecho el Tabernáculo del Santísimo Sacramento que sin duda S. M. contemplaría mil veces y adoraría con aquella particular devoción que le profesaba ². Hízose al Rey Fundador entierro solemnísimo, digno de su persona, de la grandeza del templo y de la religión. Fué llevado su cuerpo en hombros de los Grandes y Títulos que allí se hallaron y los caballeros de la Cámara y criados de S. M., como refieren cuantos hablan de ello; y añade Porreño: «llevaronle por la parte del claustro por donde van las procesiones hasta entrar por la porteria y puerta mayor de la iglesia, y en llegando á ella se le dijo la

¹ «Fué gran consuelo para Su Mag. el verse morir vispera de la Exaltacion de la Cruz, porque fué devotísimo de la Santa Cruz y se enternecia notablemente con singular amor y devocion cuando veía un pedazo de *Lignum Crucis* que tenia entre las demas reliquias de S. Lorenzo el Real, y mando en su testamento que se dijese por su alma un gran numero de misas, la mitad de la Santa Cruz y la otra mitad de N. Señora.» Porreño, cap. citad. págs. 11 y 12.

² «Murió Su Mag. cuando se estaba diciendo la misa del Alba..... la cual dotó Su Mag. y mandó que se dijese mientras el vivia por su salud y vida, y después por su alma; y tenía con ella tan particular devocion que aunque lo despertaban las voces de los niños por tener su cama frontero del Santísimo Sacramento, de donde lo veía y con gran consuelo lo adoraba, y por cantarse la dicha misa en verano á las cuatro de la mañana, con todo eso lo llevó siempre muy bien y con gran devocion, y gustaba de que aquella misa tan devota para él, lo despertase y convidase á orar.» Porreño, cap. citad. pág. 13. Cierito que la elección de morada tan vecina y ccomo en presencia del Señor Sacramentado, por parte de Felipe II, es argumentó de su grande amor divino; porque siempre el amante procura la proximidad y compañía del amado. El pecador huye y se esconde de Dios, como Adán: los santos no hallan descanso ni consuelo, sino á los piés de Cristo como la Magdalena.

misa de cuerpo presente con grande majestad...; y mientras se decía estuvieron sus mayordomos delante y los caballeros al derredor del cuerpo»¹.

Lo mismo enseña Cervera de la Torre, aunque determinando los nombres, títulos y apellidos de los poderosos que asistieron al entierro del gran Soberano; y porque al lector no le enfadará tenerlos á la vista, ni la historia patria perderá nada en ello, léanse aquí fielmente copiados. «Halláronse, pues, formando el cortejo fúnebre del Rey Prudente, el Marqués de Denia, del Consejo de Estado, Caballerizo y Contador mayor de S. M. El Duque de Medina-Sidonia; el Conde de Alva de Liste, Mayordomo mayor de la Reina; D. Christoval de Mora; Conde de Castel Rodrigo, Camarero mayor de S. M. y del Consejo de Estado; el Marques de Velada, Mayordomo también del Rey y del Consejo de Estado: los Condes de Fuensalida y Chinchon, Mayordomos que habian sido del Prudente Monarca: el Conde de Orgaz Mayordomo asimismo del Rey, mas el Conde de Salinas y D. Juan Idiaquez también del Consejo de Estado, Comendador y Caballerizo mayor de la Reina; don Rodrigo de Alencastre, Mayordomo de S. M.: D. Antonio y D. Fernando de Toledo; D. Enrique de Guzmán; D. Pedro de Castro y Bobadilla con D. Francisco de Rivera, gentiles hombres estos cinco últimos de la camara del Rey D. Felipe II que Dios tiene, como escribió Cervera: D. Martín de Alagon, comendador mayor de Alcañiz, de la Orden y Caballeria de Calatrava: D. Garcia de Figueroa, D. Pedro de Guzman y D. Albaro de Cordoba todos cuatro gentiles hombres de Cámara del señor Rey D. Felipe III; D. Alfonso Fernández de Córdoba: Ruy Gomez de Silva: D. Juan de Tarsis, Correo mayor del Rey, mas otros muchos grandes y caballeros de estos Reinos. Ni faltó de allí D. Diego de Cordoba, Comendador mayor de Calatrava y Caballerizo mayor de S. M., el cual aunque se hallaba ya tan gravemente enfermo que murió á los pocos dias en la Corte, no le permitió la lealtad probada, muy grande con que había servido al Rey en vida, dejar de rendirle

¹ *Dichos y Hechos*, cap. I, págs. 13 y 14.

el último tributo de respetuoso amor acompañando su cadáver hasta el sepulchro»¹.

No hay para qué ponderar el llanto general en que prorumpió la nación entera por la muerte de su Rey, llegando á comparar los historiadores aquellas muestras vivas de dolor á las lágrimas abundantes que derramaron los estados y vasallos de Josué, David, Ezequías, Jonatás y otros reyes gloriosos de los siglos pasados². Y si hemos de dar asenso al severo y religioso cronista P. Santos, por todas partes se celebraron exequias con pompa solemnísima por el difunto Monarca, indicando aquel historiador que á Felipe II le acaeció en la muerte lo que al rey Josías en la suya. Al cual, según un libro santo, al pasar de esta vida le lloró la tierra, y por su orden le fueron llorando todas las familias ilustres y plebeyas³. Lo mismo

¹ *Testim. Autént.*, pág. 149. El celebrado y elocuente mercenario Fr. Hernando de Santiago que predicó en las honras fúnebres del Rey Católico, celebradas entonces por la ciudad y Cabildo Catedral de Málaga, se expresaba de esta manera: «Al gran Filipo, mayor que el de Macedonia, defensor de la fe, celador de la justicia, protector de la iglesia, temido en el mundo de los malos, como amado de los buenos, al que tuvo en dos manos el poder y la industria, la justicia y misericordia, y aun en cierta manera, la vida y la muerte, cuando su vida por todos estos títulos se deseaba mas, le halló la muerte; y en tan gran perdida y tan justa y aun forzosa causa de dolor, ver hacer estas exequias con esta solemnidad que esta S. Iglesia las hace y esta muy noble y muy leal ciudad con tanto ministro y criado de Su Mag. tanto eclesiastico y religioso las acompañe, es gran consuelo; porque es señal la de estos lutos y llantos de que nos dejó Dios por un Filipo otro, que como es de sus entrañas, es de sus costumbres.» Sermón en las honras del Rey D. Felipe II nuestro Señor que está en el cielo, predicado en Málaga por el P. M. Fr. Hernando de Santiago, pág. 7.

² «Siguióse á ésto el gran sentimiento y lágrimas de todo su reino, pareciéndose en esto el sentimiento con que se celebraron las muertes de los gloriosos reyes y varones ínclitos David...» Porreño, cap. I, páginas 15 y 16.

³ «Se celebró el entierro á que asistió el nuevo Rey Felipe III, y estuvo junto al cuerpo de su padre detrás de el túmulo todo el tiempo que duró... Hizo el oficio el arzobispo de Toledo D. Garcia de Loaysa... Siguiendo el exemplo de su nuevo Rey los vassallos se esmeraron mucho por todas partes en las exequias del difunto, sucediéndole en la muerte lo que al santo rey Josías...» Cuarta parte de la *Historia de la*

narra Baltasar Porreño, y añade que el célebre Arzobispo de Toledo lloró amargamente cuando celebraba los divinos oficios, llegando á creer unos que no los podría dar cabo, y otros que no pasaría de las primeras oraciones ¹. Es indudable, porque así lo refieren quienes lo presenciaron, que en la muerte de tan piadoso monarca se vistieron de luto los Estados todos de España, deplorando y sintiendo profundamente la partida de su señor y dueño. Imitaron tan buen ejemplo otros muchos reinos, provincias, ciudades y pueblos de tierra extraña ². El célebre y tantas veces citado Cardenal Ascanio Colona, decía precisamente cuando tenía lugar aquel llanto general, las frases elocuentes que á continuación se escriben: «Murió Felipo; pero vive, porque de tal manera supo vivir, que la muerte matadora del nombre y del imperio de muchos, apareciese dejárselo todo á él. Vivirá en la memoria de los hombres la virtud y grandeza de aquel Rey, mientras brille y resplandezca la inmortalidad de la gloria. ¿Cuál maravilla será, pues, que todos sientan dolor profundo é irresistible en la muerte del gran Monarca, cuando la república cristiana experimente con ella y en todas partes detrimento singular?» ³. Con toda razón, por tanto, se celebraron exequias al Monarca español «en medio de

Orden de San Jerónimo por el P. Francisco de los Santos, cap. XV, pág. 66.

¹ «Hizo el oficio del entierro D. García de Loaysa Giron, arzobispo de Toledo, y fueron tantas las lágrimas que derramó el buen Arzobispo, que apenas pudo pasar de la primera oracion.» Porreño, cap. I, pág. 14.

² «En la muerte de este prudentísimo monarca no hubo en el orbe reino, provincia, ciudad, villa ni aldea, que á porfía unos de otros con mucho amor y piedad no le llorasse haciendo demostraciones dignas de tal Rey en la celebridad de sus memorias: y digo en el orbe, porque por todo él se avia dilatado en su tiempo la monarquía de España, conque el tributo de las lágrimas y sufragio de los vasallos fué por toda su redondez.» P. Santos; lib. y cap. citados, pág. 66.

³ «Obiit Philippus, sed vivit, qui ita vixit, ut nihil ei mors, quæ multorum nomina cum imperii magnitudine extinguit, ademisse videatur; illius vivet in hominum memoria virtus quamdiu gloriæ vigebit immortalitas... Quid mirandum si magnum cuncti, et intolerandum ex Philippi morte capiant dolorem dum tanti regis iacturam christiana republica sentit universa.» Ascanii S. R. E. Cardinal. Columnæ *Oratio*.

muchedumbres magnas, luto público, cubiertos los muros con lúgubres vestiduras, resonando cantos tristísimos y entre ríos de lágrimas; porque á su nombre grande fueron harto debidas tales demostraciones de fúnebre devoción. Por éso se afligen las ciudades; lloran las provincias; gimen las naciones y se humedecen de lágrimas las calles» ¹. Ni sea causa de asombro á nadie el llorar general en la muerte del Rey Prudente; porque dominó y le llenó el alma en vida el amor á los vasallos, habiéndose con ellos como padre con hijos; y así todos le correspondieron en el día de la partida con los gemidos y las lágrimas que ofrecen y describen las historias y documentos de aquel siglo ². Y se ha de ponderar mucho el concepto altísimo, respetuoso y á la vez paternal que tenían formado de su Rey y Señor los súbditos españoles; porque en muestras generales de dolor no prorumpen las clases todas del pueblo y la sociedad, sinó cuando desaparece del mundo un hombre extraordinario, capaz de salvar él solo y defender la patria amenazada. Y en la muerte de Felipe II salieron lágrimas sin duelo de los ojos de todos. A la cabeza del pueblo español se hubo de distinguir el clero regular y secular, celebrando exequias con mucha solemnidad, cantando entre sollozos y lágrimas, todo mezclado, responsos por el ánima del augusto finado ³. En lo cual se vió muy espontánea unidad; porque los prelados, los cabildos, los monasterios y, en fin, todas las iglesias de España y muchísimas de fuera de ella, rindieron tributo lúgubre y

¹ «Jure frequentissimo conventu, publico luctu, atrato parieti lugubri veste, moesta cantu, profluentibus lachrymarum fluvis defuncto regi parentatur, eique multiplici nomine debita exequiarum iusta persolvuntur. Moerent civitates; plorant provinciæ; ingemiscunt regna; implentur lachrymis viæ.» Ascan. Cardinal. *Oratio*.

² «Fué Rey que por lo señalado de su virtud dominó viviendo en los afectos de todos; y assi todos en la muerte le correspondieron con tan señaladas atenciones.» P. Santos, cap. XV, pág. 66.

³ «Sobresalieron mucho en ésto los prelados, y las iglesias cathedrales y colegiales, y no menos las religiones todas, y entre ellas la de San Gerónimo que conociéndose más obligada á su amplificador y bienhechor tan grande, procuró mostrarse agradecida...» P. Santos, pág. y cap. citados.

piadoso respeto á la memoria de D. Felipe II. Todo ésto junto pone muy á la vista del imparcial lector pruebas palmarias en pró del buen nombre, de las virtudes cívicas y cristianas de nuestro Monarca ¹.

En vista, pues, de sentimiento tan general, pudo añadir exclamando aquel dicho Purpurado ante el Papa, los Cardenales y los representantes de las naciones de Europa en Roma, de esta manera: «Resuenan las encrucijadas de las calles con los lamentos por la muerte de D. Felipe; toda edad, todo sexo gime y llora, viéndose privados del amparo de tan grande Rey. Lloran los seguidores de vida religiosa á quienes tenía siempre delante de los ojos, y protegía con sumo cuidado y diligencia. Llénanse de angustia los pechos de los pobres contemplándose ya sin aquel monarca del cual los tesoros y las riquezas cubrían con increíble largueza su desnudez y necesidades. Gimen los pupilos y las viudas, porque ya no pueden recurrir á su constante defensor en la fortuna adversa, ni al amparo, siempre dispuesto á recibirles en todas las calamidades; lloran con penetrantes clamores las gentes de la milicia, para los ánimos de quienes, no existiendo su regia mano derecha, podrán decir haber desaparecido del mundo toda ciencia, fortaleza y criterio de la pericia militar. Y en fin, no cesan de correr por modo inagotable lágrimas por los ojos de los nobles en la subida de aquel al cielo, que venía á ser como el sol refulgente, el más claro de toda humana grandeza» ².

¹ El Padre mercenario sobredicho terminaba su oración fúnebre de Felipe II en la Catedral de Málaga con estas palabras: «Tenga (Dios) en su santa gloria el alma del gran Filipo suyo: dele su especial gracia al gran Filipo nuevo, para que en la defensa de la fe é iglesia, en la entereza de la justicia, en la prudencia del gobierno sea el hijo como el padre. Y págueos á vosotros su Divina Magestad esta piedad, este reconocimiento de leales vasallos... honrando con tan sumptuosas exequias aquellos santos huesos y aquellas benditas cenizas cubiertas con este túmulo, como vuestras cabezas con esos lutos...» Sermón del M. Santiago en las exequias del Rey D. Felipe II nuestro Señor.

² *Compita omnium civitatibus personant; omnis ætas, omnis sexus, tanti regis præsidio orbatus languescit, et mœret. Lachrymantur religiosæ vitæ sectatores, quos ille semper in oculis ferens summa diligentia, et studio protexit. Lugent pauperes, cum illius careant subsidio.*

En mayor silencio y amargura muy profunda lloraba el Príncipe heredero D. Felipe y su augusta hermana la Infanta Doña Isabel Clara Eugenia, que, según expresión del sesudo cronista P. Sigüenza, eran los dos soles de los ojos de su padre. El nuevo Monarca, cuando hubo espirado su señor y padre, desahogó algún tanto el corazón, dirigiéndose al Papa Clemente VIII en los términos siguientes: «Santísimo Padre. Dios ha sido servido llamar para sí al Rey mi señor, confío en la divina misericordia que ha hecho grandes alcances conforme á su vida y la muerte. Yo por la pérdida de un tal padre, no hallando consuelo en ninguna de las cosas que me ha dexado, acudo á V. S. para que me reciba por su hijo obediente, y de essa Santa silla, de que suplico á Vuestra Santidad por aora, hasta tanto que llegue allá la persona que ha de hazer este oficio, que V. Santidad me alcance de nuestro Señor su luz, para que gobierne con el zelo de la religion y justicia que desseo aver heredado de mi padre, que esté en gloria. Guarde nuestro Señor á V. Santidad para gran bien de su iglesia como desseo. De San Lorenzo á 13 de Setiembre, 1598. Humilíssimo hijo de V. Santidad. El Rey» ¹. He querido dejar aquí copiada la precedente carta por las razones que movieron al P. Sigüenza á estamparla en su citada obra. El] cual dice de ella: «que aunque esté puesta en otra parte, es bien que se traslade en muchas, porque dure para siempre, junto con el sentimiento y palabras que el Sumo Pontífice dixo en el Consistorio de los Cardenales» ².

enim divitiarum Thesauri eorum inopiæ ac meditati incredibili benignitate patuerunt. Lamentantur pupilli ac viduæ, quibus periit studiosissimus in adversa fortuna defensor, et paratum in omni calamitate perflugium. Horribili deplorant clamore milites, quorum animis regia illa occidente dextera, omnis videtur fortitudo, rei militaris, scientia atque consilium excidisse. Nullus lugendi finis est summis nobilibus viris, nullus ei addictis, et obsequentibus illius ad superos discessu, enim accessu tanquam sole cœlum nostræ nobilitatis, et obsequiis splendor ubique clarior enitebat.» Ascan. Cardinal. Columnæ *Oratio*.

¹ *Testim. Autént.* de Cervera de la Torre, en el discurso tercero. Trae asimismo esta carta el cronista Sigüenza en el lib. III de la *Hist. de la O. de San Jerón.*, pág. 688 del discurs. 22.

² Sigüenza, lib. III, discurs. 22, pág. 688. Es opinión extraviada la de

Cosa notoria y de todos conocida es que el Papa Clemente, habiendo recibido la carta del heredero de la corona española, mostró al mundo sentimiento profundísimo por la muerte del Monarca Prudente, á quien sus predecesores, y en particular San Pío V, intitularon con razón *Brazo Derecho de la Cristianidad*. Arriba se indicaron ya las palabras con que el Padre Santo demostró dolor muy vivo por aquella muerte, elogiando de paso las grandes virtudes del Rey finado. El Padre Sigüenza habla también de la amargura y de las tan expresivas frases del Papa con tal motivo. Según este severo cronista, Clemente VIII manifestó ser la muerte del Rey de España ocasión de mucho duelo y sentimiento para la Santa Sede Apostólica por tratarse de tamaña pérdida para la república cristiana, y por el amor y la estimación en que le tenían. Y esto no sin fundamento cabal, si se consideraba la suma devoción y obediencia que siempre había mostrado á la Silla de San Pedro ¹. Añadió no conocer en la historia de los Príncipes Rey más justo, más prudente, más amigo de los pobres y del pueblo, ni de más paciencia, silencio y constancia en los casos adversos de la fortuna; habiendo sabido usar de moderación en los prósperos

los enemigos de D. Felipe II, asegurando que carecía de sentimientos humanos y no sabía llorar como sus vasallos. Sin embargo consta hoy cierto que cuando el arzobispo de Rosano le entregó la carta de Su Santidad hablándole en ella de la reclusión del Príncipe D. Carlos, derramó lágrimas aquel Monarca leyéndola.» Lorsque, dice Gachard, capítulo 14 pág. 423, l'archeveque de Rossano delibera au roi la lettre du saint Pere, en l'accompagnant des paroles appropriées aux sentiments dont elle contenait l'expression, *des pleurs s'échappèrent des yeux du monarque*.» Lo mismo confirman las palabras del dicho Prelado al Cardenal Alejandrino, 1.º de Mayo de 1568. «Nell esprimere delle quali comparvero alcune lacrime negl'occhi di S. M.» MS. x 172 p. 682 Bibliot. Nacion. Madrid.

¹ «Que si en algún tiempo la Santa Sede Apostólica tuvo ocasion de dolerse y mostrar sentimiento era en esta, por causa de la muerte del Rey de España, que avia muerto á los 13 de Setiembre en su casa y monasterio de San Lorenzo del Escorial, dexando á todos justa causa de dolor por una pérdida tan grande, y mucho mas á él por el amor que le tenia, y la estimacion y caso que hazia del, y con mucha razon, considerando la debocion y obediencia que siempre le avia mostrado.» P. Sigüenza, lib. III, disc. 220, pág. 689.

y felices, y de mucha igualdad al repartir mercedes, proveer las iglesias y obispados vacantes, y no haber mirado nunca sino á los méritos de los designados para tan santos fines y altísimas dignidades. Y continuó diciendo el Vicario de Jesucristo cómo D. Felipe, por conservar íntegra la fe católica y la obediencia á la Cátedra de Pedro, no solamente en España, sino en todos los demás reinos y Estados suyos, tomó medidas y procedió contra el monstruo de la herejía con la intransigencia debida, sin haber querido jamás permitir libertad de conciencia. En lo cual gastó Su Majestad, dilatando por ende el reino de Cristo, grandes tesoros, su real patrimonio, con harto menoscabo de sus propias rentas y dineros. Y acabó declarando que la vida del Monarca español había sido continuo batallar contra los enemigos de la fe católica, de la Iglesia romana. Y esto, desde el día en que empezó á reinar hasta la hora en que santamente agonizaba ¹. No sé yo haberse levantado, ni que pueda ponderarse con mayores y más autorizados elogios la figura gigante del Rey D. Felipe, que por todo lo susodicho en las palabras, casi copiadas al pié de la letra, del referido Romano Pontífice. ¿Cómo, pues, en vista de ello, se ha de tolerar con calma que nos dibujen los enemigos fieros y mansos, á quienes defendemos al Rey Prudente, como gente exagerada, amiga de regalías y con tendencias á ponerlo en el catálogo de los santos?

¹ «A este propósito se alargó Su Santidad refiriendo las grandes partes y virtudes de Su Mag., diciendo que no se avia conocido Rey mas prudente, ni mas sabio, ni mas amator de la justicia, ni de guardarla á qualquier género de personas, aunque fuesen muy pobres y de lo baxo del pueblo; ni ninguno mas paciente, sufrido y constante..... Y como se parecia bien á las provisiones y presentaciones de las iglesias y obispados, pues entendiendo quanto importava al servicio de Dios que fuesen personas de mérito para ellos, siempre los avia nombrado sin ningun otro respeto mas de el que sus méritos y partes traian consigo..... que las obras y palabras convenian muy bien al nombre que tenia y por tantas razones se le devia.» Véase todo lo demás en el libro III, disc. XXII, pág. 689 de la *Crónica de su Orden*, por el P. Sigüenza.